

HOMENAJE A UN ACADÉMICO

PALABRAS PRONUNCIADAS EL 15 DE OCTUBRE DE 1999 POR EL DR. MARIO MUÑOZ COLLAZOS, CON OCASIÓN DE LA DESIGNACIÓN DEL DR. GABRIEL TORO GONZÁLEZ COMO MIEMBRO HONORARIO DE LA ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE NEUROLOGÍA

Una mañana tibia de un mes de febrero, en Fredonia en el Departamento de Antioquia en Colombia, un jovencito menudo y de voz atiplada que venía de los Liceos de Rionegro y de Andes, se acomodó en un pupitre del colegio Efe Gómez, entre testarudo y resuelto, dispuesto a cursar el 6o. año de bachillerato. Como todas las familias paisas, la de Gabriel Toro González era numerosa, uno entre diez hijos. Había nacido en 1932 en las hermosas tierras del municipio de Concordia en el suroeste antioqueño y gracias a la hospitalidad de su tía Felisa y a su resuelta idea de estudiar, pudo terminar en la escuela de ese municipio los estudios primarios que había iniciado en la escuela rural viviendo en la casa de su abuelo paterno.

Una beca ganada por concurso hizo posible todo su bachillerato siempre interno y lejos de la familia.

Pero fue más; su empeño lo llevó a la Universidad del Cauca para los primeros dos años de Medicina y a Bogotá, en busca de la madurez que le ofrecía la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia. Su padre, un agricultor paisa responsable y generoso, características propias de su raza, redobló los esfuerzos de la tierra, cafetera, panelera y maicera, para obtener los pesos que hicieran posible el empeño de este Gabrielito que “como que le está gustando el estudio”.

En el frío tenebroso de la capital en los años de modorra que siguieron a la revuelta del 48, Gabriel sin el carril pero con el acento, se convirtió en estudiante de medicina “de la provincia” como se decía entonces, disfrazando de desprecio, la admiración que producían esos quijotes que dejaban la tranquilidad del terruño campesino en busca del conocimiento. Sentado en los bancos de la recién inaugurada nueva sede hospitalaria de la Facultad en la

Hortúa, el paisa recordaba los cuatro kilómetros de ida y los cuatro de vuelta, que era necesario cubrir a pie todos los días para llegar a la escuela rural, en donde se deslumbró a sus 7 años por primera vez y para siempre con la magia de las letras.

La matrícula gratuita por buen rendimiento durante la carrera ayudó para concluir los estudios médicos en 1957 y tomar el grado de médico en marzo de 1958; al doctor Toro González ya lo llamaban patólogo por haber abrazado con pasión desde cuando cursaba su sexto año de carrera el microscopio escapando de los vientos freudianos que amenazaban con arrastar hacia sus huestes a este brillante antioqueño. Ya había superado al concluir el quinto año de estudios, la mala nueva de que el esfuerzo de su padre no alcanzaba para soportar sus modestos gastos en Bogotá, y solo su fama de hombre de disciplina, guardián de la biblioteca, permitió que siguiera en la Universidad nombrado como médico de las Residencias Universitarias que eran por supuesto, su hogar. Lo de la biblioteca es cierto; parte del sustento de aquellos días lo derivaba del cargo de responsable nocturno de la biblioteca de su facultad, que como él mismo dijo con socarronería, lo hizo dueño de todos esos libros sin tener que comprar ninguno.

Casi patólogo a fuerza de estudiar con disciplina, una lista de oferta de becas para Checoslovaquia lo llevó a Praga en 1959, en compañía de dos jóvenes bohemios que ganaron sus respectivas becas, en teatro y en cine. Ese par de locos fueron Santiago García y Pepe Sánchez. Al primero se lo llevó el teatro de Brecht que conquistaba juveniles corazones, antes de volver para sembrar la semilla del teatro de vanguardia en Colombia para beneficio de mi generación. Al segundo el amor lo regresó a su patria en mucho menos tiempo y lo demás para él y para

los colombianos fue buena parte de la televisión dramática de nuestro país en los años setenta y ochenta.

Mientras tanto, el doctor Gabriel completó su formación como patólogo, neuropatólogo y como doctor en Ciencias otorgado por la prestigiosa Universidad tras rechazar ofertas en Praga y en la Habana, convencido del hecho de que, hacia 1962 hubiera escasos 18 patólogos en Colombia, era justo motivo para regresar.

El regreso a casa lo concentró en sí mismo; lo invitó a fijar sus ojos en esa tan seria colega suya, patóloga con quien pronto casó y a quien convirtió, como los paisas de antes, en su esposa para toda la vida. Vinieron más de doscientas publicaciones; 50 por lo menos en revistas extranjeras; vinieron los libros que nos abrieron los ojos a los neurólogos de mi generación, hacia las infecciones del sistema nervioso, hacia las encefalitis virales que lo afectan, vinieron los trabajos sobre la unidad vaso-mielina, la Neurología Tropical e infinidad de legados cuyo listado Colombia neurológica conoce y será sin duda motivo de reseña en futuras ocasiones. Pero sobre todo, vinieron cientos de alumnos de todos los rincones del país, a enriquecerse con sus ideas concretas y reiterativas, expresadas con hablar pausado y siseante, llenas de un agudo sentido de la observación.

Pero hoy, al que queremos honrar y agradecer es al hombre y al maestro, al padre de Tatiana de encumbrados éxitos como matemática en Norteamérica y de Antonio

José un ingeniero talentoso, ambos los cuales recibieron de Gabriel y de Gladys, la guía para ser cultores del saber y buenos seres humanos.

Hoy, después de todas las distinciones y honores que la Universidad otorga a sus mejores hijos, el profesor Gabriel Toro González, dedica su tiempo a escribir con método y con rigor como siempre; continúa activo como Investigador Emérito en el Instituto Nacional de Salud y ha regresado con paso tímido pero decidido a la tierra de la cual salió, quizá no a la misma amada tierra de Antioquia, sino a otro pedazo de patria campesina que hace renacer en su recuerdo el olor del campo, el aroma del aguardiente y el sonido del tiple montañero, ha vuelto a gozar como lo hiciera su padre del placer de ver crecer la semilla por él mismo sembrada, en un pedacito no muy lejos de esa Bogotá que lo hizo uno más de los paisas queridos que se quedaron en el altiplano para siempre.

Profesor Gabriel, en nombre de este grupo de alumnos suyos en particular y de la Asociación Colombiana de Neurología en general, reciba nuestro testimonio de admiración y agradecimiento por su dedicación a la educación de nuestros neurólogos y de nuestros médicos, somos todos en parte, su hechura y su arte.

No en vano vino Bertolt Brecht a la memoria, permítanme parodiarlo: Profesor Gabriel, usted es de los imprescindibles.